Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

73 **Cercanías de la Plaza del 25 (III)**



Suplemento especial de
Página|12

¿TODOS TIENEN RAZÓN? ¿CUÁNTAS VERDADES HAY?

El año 1973 es uno de los más memorables de la historia argentina. Por las mismas razones es uno de los más olvidables. Si hoy está de moda esa sabia maldición china que radica en desearle que viva *años interesantes* a quien uno le tenga verdadera aversión, sin duda el '73 fue generosamente *interesante*. Voy a tratar de hacer una cronología que nos va a permitir guiarnos en medio del sonido y la furia.

Uno de los problemas teóricos centrales que vamos a enfrentar es el de la *verdad*. ¿Qué es la verdad? ¿Quién la tiene? ¿De dónde surge? *¿Hay una verdad? ¿Existe la verdad?* La caótica floración de praxis diferenciadas que se enfrentan en el '73 pareciera exhibir la inexistencia de una verdad. Desde que todos la reclaman es imposible que exista. Cuanto todos dicen tener razón, ¿quién la tiene? Todo era fácil *antes* de Ezeiza –antes de la historización del mito: mito que vuelve, muere–: *La razón o la verdad era eso que Perón enunciaba.* La verdad venía de afuera. No se decidía en las colisiones entre los distintos grupos actuantes en esa materialidad que llamamos historia y se va construyendo por medio de las luchas de los sujetos. Ya precisaremos también nuestro concepto de historia. Porque las más complejas cuestiones de la filosofía están al rojo vivo en este gran relato peronista. ¿Los hombres hacen la historia o la historia los hace a ellos? ¿La historia obedece a algún plan divino, es teodicea? ¿La historia se trama por medio de las relaciones que establecen los signos y el lenguaje? ¿La historia surge de la praxis de los grupos enfrentados? ¿Cuántas historias existen? ¿Hay *necesariedad* en la historia? ¿Hay cosas que ocurren y no podrían haber ocurrido de otra manera? ¿Son libres los agentes prácticos? ¿No lo son? ¿Están sometidos a todos los condicionamientos de la trama histórica? ¿Tan sometidos están que, aun cuando creen que actúan según sus convicciones más profundas, aquellas por las que pueden ofrecer sus vidas o tomar la de los otros, no son ellos los que deciden, sino que son decididos por las sobredeterminaciones de la trama histórica, por ese tejido indescifrable en el que están inmersos y del que jamás podrán inteligir su sentido profundo, si es que lo tiene? ¿Es para *algo* que sucede todo lo que sucede? ¿Podemos saber, si es que ese *algo* existe, qué es, qué significa, dónde se expresa, dónde se decide, cuál es su centro, si lo tiene, o su circunferencia, si la tiene? ¿Es la Historia como la esfera de Pascal? ¿Es la historia del peronismo que se inicia en Ezeiza (un peronismo con Perón inserto en la trama histórica, como un elemento más, sin poder ya totalizarla desde ninguna parte, ni desde Puerta de Hierro ni desde la Casa Rosada) una historia sólo comprensible desde el concepto lógico que establece la esfera de Pascal, *cuyo centro está en todas partes y su circunferencia en ninguna*?

Y volvemos a la *verdad.* Que se identifica –en la Vulgata– con la *razón*. ¿Quién posee la verdad? ¿La verdad es lucha? ¿Es guerra? ¿Es odio? ¿Es muerte? Si mato a mi enemigo, ¿es porque tengo razón, porque la razón estaba de mi lado? ¿O la razón no está de ningún lado y sólo me apodero de ella cuando mato a mi enemigo, algo que él habría logrado si me hubiera matado a mí? ¿Los muertos tienen razón? ¿Los muertos tienen la verdad? ¿Los derrotados tienen razón? ¿Qué grado de verdad tiene una derrota? ¿Qué grado de verdad tiene un triunfo? ¿Por qué hay tantos grupos enfrentados y todos dicen tener razón? ¿Cuántas razones hay?

Perón –me permitiré insistir en esto– tenía una brillante interpretación de la verdad. Hasta cierto punto (ya lo sabemos) le funcionó, después se le hizo trizas. Pero (si él no se incluía en el torrente) le daba sus más que buenos frutos. "El 18 de julio de 1972, por la tarde, Madrid se calcinaba. Perón recibía a David Graiver en el jardín de la quinta 17 de Octubre, del barrio de Puerta de Hierro. Los álamos protegían del sol. Una tenue brisa desvanecía los 39 grados centígrados. López Rega se eclipsó tras servir café frío con limón. Isabelita se entretenía hablando de modas con sus amigas franquistas en la sala del primer piso, aledaña a donde descansaba el cuerpo embalsamado de Evita, devuelto a su viudo el 22 de septiembre de 1971... (Juan Gasparini, *David Graiver, el banquero de los Montoneros,* Norma, Buenos Aires, 2007, p. 119). ¡Cuánta razón tenía Cooke en estos puntos! Con Perón en Cuba (como huésped ilustre de la Revolución) la mínima Isabelita, mujer que no derrochaba materia gris, no habría charlado tanto de modas con sus amigas franquistas. Habría tenido que hablar con duras combatientes que le habrían explicado el papel de la mujer en la revolución en América latina. Es fácil conjeturar que Isabelita prefería la charla banal y posiblemente idiota sobre la moda de la sociedad franquista. Total, Daniel pensaba por ella. Y, en gran medida, por el General también. Porque ya, en julio de 1972, el General recurría a Lopecito mucho más de lo conveniente. ¡Qué formidable elemento éste para el análisis histórico! Sartre en *Cuestiones de método* (Introducción de la *Crítica*) dice que la totalización histórica de nada puede prescindir. Pone el ejemplo de la nariz de Cleopatra. No es indiferente si fuera corta o larga. Por el contrario: es central. Marco Antonio y César arden por esa mujer y esa nariz no ha de haber sido un obstáculo. Debió, pues, haber sido bella. Pero no al estilo de hoy. No fue la nariz de Grace Kelly ni la de Elizabeth Taylor, que la protagonizó en un film escandaloso de Mankiewicz. Acaso fue la de Barbra Streisand. O la de Anjelica Huston. O la de esa actriz de Almodóvar, la que parece fugitiva de un cuadro de Picasso. Pero jugó un papel determinante: esos dos hombres poderosos se rindieron ante ella y guerrearon por su belleza. López Rega es inexplicable. Sólo una oscura patología de Perón puede justificar la presencia de ese enano payasesco a su lado. Y el poder que fue ganado hasta llegar a dominarlo. En Cuba no habría ocurrido. O Castro le habría pegado una patada en su culo umbandista o un discreto francotirador le habría regalado un plomo entre ceja y ceja, entre esos ojos claros, de largas pestañas, que se habrían cerrado para siempre antes de matar cerca de 2000 personas en Argentina. Pero ahí estaba Perón: satisfecho –seamos claros– en medio de la inmundicia, de la mismísima mierda: en el país de un genocida (Franco), con un entorno fascista, oscurantista, al frente del que se encontraba López, al que seguía su fiel Isabel, más fiel a López que al General (aunque sería a éste a quien le otorgaría sus favores sexuales, o los que el General pudiera aún recibir, y ella, pobre laucha librada a sus instintos elementales, a los que se dice dio satisfacción en tanto le duraron el coronel Milo de Bogetich, custodio de Perón, fiel soldado, incondicional subordinado de Ante Pavelic, asesino de masas, que alzaba con fervor su mano cada vez que veía al Führer para manifestarle su adoración en tanto le preparaba judíos para la cosecha de Auschwitz. Toda gente de primera.) Pero aquí lo tenemos al ambicioso Graiver en presencia del general Perón, algo que muchos le envidiarían. ¿A qué debía semejante honor? Graiver era un banquero. A Perón le gustaban los banqueros. Ese día, Graiver va a entender –de primera mano– una valiosa concepción de la verdad.

"USTED TAMBIÉN TIENE RAZÓN, GRAIVER"

Graiver, sacando conclusiones de un largo diálogo con Perón, dice:

–Así que vuelve, General.

Perón responde, ante todo, con su inefable "Natural". Y añade:

–El conductor estratégico debe estar en el teatro de operaciones en el momento definitorio del combate.

Hay una cambio en esto. ¿No era que si Dios bajaba a la Tierra todos los días no habría de faltar un tonto que le faltara el respeto? Pareciera que las dos posibilidades siempre estuvieron en juego.

Graiver le expresa la preocupación del empresariado y los militares: ¿por qué no condenó al menos al ERP luego de los asesinatos de Sallustro y del general Sánchez? Eso está muy mal visto en Buenos Aires, general. Perón sólo dice:

–¿Ah, sí?

Y Perón se le despacha con una clase de estrategia político-militar:

–Mire, Graiver, para hacérsela simple, no se olvide de que fui profesor de cursos del Estado Mayor. Nunca dejé de enseñar que cuanto más cerca está el objetivo, la cadencia de fuego debe aumentar. Y que en la guerra, como en la política, no hay que herir sino matar. Los muchachos hostigan con la guerra de guerrillas y hasta que la camarilla militar no se vaya del gobierno, yo no dejaré de combatirla con todos los medios a mi alcance. Dígaselo a sus amigos (...). Son ellos los que tienen que presionar para que esta dictadura se retire sin condiciones. Los muchachos se están preparando para relevarme. Yo me siento descarnado, como un gran padre. (*Nota*: Y como un gran mentiroso. Dejaba a los muchachos prepararse para lo que quisieran con tal de que no dejaran de poner bombas. Después les mostraría el rostro severo del "gran padre". Buena sorpresa se llevaría. Los muchachos estaban demasiado crecidos para tener padres. Y menos todavía "grandes". Grandes, pensaban, eran ellos. Uno de los elementos de la tragedia es que a Perón le tocaron unos hijos duramente insumisos.)

De pronto entra López Rega:

–¡General!

–Sí, Lopecito.

–Está Lorenzo Miguel. Dice que usted lo había citado para las 5. ¿Qué hago?

–Hágalo pasar.

Y aquí empieza el espectáculo que Graiver no habrá de poder creer. Perón en la cúspide de su juego parralesco, pendulario, manipulador de voluntades. Perón, el gran orquestador de voluntades. El infalible titiritero. El manipulador de todas las verdades. Entra Lorenzo Miguel y le plantea que tiene problemas con Victorio Calabró en Vicente López y con Guerrero en la Capital. Perón lo calma. Y su respuesta final es: "Vaya tranquilo, Lorenzo. Tiene toda mi confianza. No es cuestión ahora de dividirnos, cuando la contienda electoral nos necesita unidos y mancomunados". Lorenzo se despide satisfecho. Ese domingo, con más alegría de la que esperaba, comerá sus tallarines con la vieja y se sentirá genuinamente peronista. Viene otra visita. Graiver se sorprende. ¿Otra visita, tan rápido? Aparece Guerrero. Se queja: vamos a perder posiciones, General. El Cordobazo genera puebladas en todas partes. Miguel es un dirigente identificado con una historia de negociaciones, conciliaciones, agachadas indignas de un genuino dirigente obrero. Se acusa de "vandoristas" a quienes se le acercan. No hay más remedio, General. Hay que remover esos escombros del pasado. Dirigentes nuevos hacen falta, ligados a las bases, combativos. "El general asentía con la cabeza, en silencio. Cuando el rosario de acusaciones y alternativas para cambiar la situación culminó, Perón fue conciso:

–Vea, Guerrero, puede irse tranquilo, pues cuenta con toda mi confianza. Remocemos los sindicatos para que la campaña electoral nos encuentre unidos y mancomunados."

Guerrero entiende que la cosa no da para más y se va. Graiver, atónito, dice:

–Pero, General... No entiendo... Hace un rato le dio toda la razón a Lorenzo contra Guerrero, y ahora acaba de hacer lo mismo con éste... ¿No es una contradicción?

Graiver buscaba cierta lógica, cierta coherencia aristotélica en los dichos de Perón. Si A y B sostienen dos versiones diferenciadas de la verdad, lo que uno de los dos afirma debe ser el Error. Como dice el célebre razonamiento de Sherlock Holmes: "Cuando aparten lo imposible, lo que resta, por improbable que parezca, es la verdad". Para Perón lo imposible no existía. No deseaba apartar nada. Que cada uno siguiera adelante con su cuento. El lo avalaría. La verdad era la pertenencia al Movimiento Peronista que Perón conducía pare recuperar el poder. No tenía importancia con qué "verdad" se integraran a él quienes lo hacían. La verdad –como en Hegel– era el *todo*. El *todo* era el *Movimiento Peronista.* Ese Movimiento lo conducía Perón: *El habría de armonizar, conduciéndolas hacia un mismo fin, todas las verdades diferenciadas de los integrantes del movimiento.*

Aún aturdido, Graiver mira al General. Perón le dice una frase asombrosa. Una teoría del conocimiento posmoderna o postestructuralista. Acaso inventó esas filosofías. Si no (y, en efecto, no) se acercó mucho a ellas. Toma a Graiver de un brazo y, embriagado por su lucidez, por su maestría de conductor estratégico, dice:

–Graiver, usted también tiene razón.

El banquero jamás recibiría una clase de estrategia de tal calibre. Era riesgosa la teoría. Su debilidad residía en que ningún grupo debía saber que el conductor les daba la razón a todos para retenerla él. Si decidían que servía para la conducción del movimiento, aceptarían. Pero, ¿si no? (Juan Gasparini, *David Graiver, el banquero de los Montoneros*, Norma, 2007, Buenos Aires, pp. 119/127. Procedí, basado en ellos, a un armado bastante libre de los textos de Gasparini.)

La cosa es así:

A) Lorenzo Miguel le dice al líder que Romero y Calabró lo incomodan. Perón le da la razón a Lorenzo Miguel. Y lo despide con un abrazo.

B) Viene Romero y le dice a Perón que hay que eliminarlo a Miguel porque los cuadros jóvenes y combativos no lo quieren. Perón le da la razón a Romero y lo despide con un abrazo.

C) El banquero Graiver, atónito, le dice que no es posible que les dé la razón a los dos. Que uno de ellos debe estar equivocado. No debe tener razón. Que es imposible que la tengan ambos.

D) Perón le dice: "No se preocupe, Graiver. Usted también tiene razón".

En suma: (A) tiene razón en acusar a (B). (B) tiene razón en acusar a (A). Y (C) tiene razón al señalar que no pueden tener razón los dos. El que resuelve que *todos* tienen razón es el conductor estratégico, cuya tarea es llevar hacia un mismo fin todas las diferentes verdades que colisionan en el Movimiento.

CÁMPORA, LEAL A PERÓN. ¿SERÁ PERÓN LEAL A CÁMPORA?

¿Qué concepto es el reaseguro de todo este mecanismo? ¿Cuál es –dicho a lo Kant– la *condición de posibilidad* de esta trama de innumerables proyectos que se someten a la decisión última del conductor? Lo dijimos: *la lealtad*. No es azaroso entonces que Cámpora –en la *Introducción al programa del Frente Justicialista de Liberación*– dedique sus sentidas, sinceras palabras a hablar de la *lealtad*. Notable caso el de Cámpora. De la desprestigiada y casi humillante *obsecuencia* a dirigente ejemplar del máximo valor del movimiento: la *lealtad*. No es menos notable que su ferviente base de apoyo político –la Jotapé, esa juventud que hizo el 90% del desgaste de la triunfal campaña de las elecciones del 11 de marzo– se deslizara casi vertiginosamente a la desobediencia a ese líder al que Cámpora dedicara su lealtad. No es menos cierto que ese líder se sirvió de ella para la campaña y luego decapitó al fiel soldado sin piedad y hasta permitió que fuera gratuitamente humillado por otros sectores del movimiento, que lo odiaban por ser un hombre de la izquierda, el rostro de superficie más eficaz con que podía contar ese "ingrediente de nítida fisonomía marxista y de una tremenda agresividad, que llama a preocupación a los hombres de armas y a los hombres de orden, y también a los hombres de orden que hay dentro de sus propias filas" (son las palabras del comandante del Primer Cuerpo de Ejército, general Sánchez de Bustamante). (*Nota*: A propósito: he leído, en un artículo que me enviaron de la contratapa del diario *Crítica*, una nota de un perejil de cierta intelectualidad argentina que vive a la sombra de alguna cátedra en alguna facultad más las invariables investigaciones –por decirles así– del Conicet, en la que se afirmaba que el concepto "izquierda peronista" o "peronismo de izquierda" es un oxímoron. Como leí que Horacio González –que conoce mejor que yo a este personaje de apellido Alabarces– dijo que probablemente conociera este concepto por habérselo oído a la hinchada de Chacarita, me permitiré brevemente aclararlo. No es sencillo hacerlo, dado que el oxímoron es una figura literaria de eficaz utilización. Centralmente se trata de dos términos cuyos significados son opuestos. O sea, *peronismo* es una cosa e *izquierda* es su opuesto. Juntarlos es un oxímoron. Estaríamos en presencia de una antítesis. *Peronismo* es la antítesis de *izquierda*. También puede ser considerada un oxímoron la conocida frase: "Poseía una inteligencia alabarcesca", dado que, según nadie ignora, el adjetivo "alabarcesco" proviene de Alabarces, y nada más antitético de la "inteligencia" que lo "alabarcesco". También antitético de otras cosas. Que dejaremos de lado. Como sea, un oxímoron puede poseer una gran calidad expresiva. Ha hecho brillante exhibición de este recurso el inmortal escritor español de la generación del '98 Ramón María del Valle-Inclán. Sus *Esperpentos* eran el campo propicio para el desperdigamiento de ese recurso literario, el oxímoron. Valle-Inclán es un escritor que valoro y cuyas obras siempre merecen verse y verse una vez más. Inauguró el fructífero género de novelas sobre dictadores latinoamericanos con su *Tirano Banderas*. Le siguieron, entre los más célebres, *Yo, el Supremo,* de Augusto Roa Bastos, *El otoño del patriarca*, de Gabriel García Márquez, *La novela de Perón,* de Tomás Eloy Martínez, y una más reciente de Mario Vargas Llosa, algo sobre el chivo. Se estarían preparando (con el correspondiente respaldo de la Beca Guggenheim) novelas, que no bajarían de las 600 páginas, sobre Hugo Chávez, Evo Morales y sobre el satánico matrimonio Kirchner de la Argentina. No se conocen aún sus autores, aunque se presumen. Hubo alguien muy inteligente a quien escuché –hace años– teorizar sobre el oxímoron "peronismo de izquierda". Fue el querido y llorado Claudio Uriarte, algo que me ha llevado –he aquí la causa– a tomar un poco más en serio la cuestión. Pero en Uriarte se trataba de otro de sus rasgos de brillantez intelectual, uno no sabía si creía o no en eso. De él reconozco haber escuchado por primera vez –y siempre digo que es la última que lo confieso, aunque no me importa hacerlo– una de las más geniales respuestas a la bobada sobre el nazismo de Perón: "No es que Perón haya sido nazi, lo que pasa es que Hitler era peronista". (El Heidegger de *Introducción a la metafísica*, lo hemos visto muchas páginas atrás, se acerca a la tercera posición.) Bien, al grano: *El que no creía en eso del oxímoron era el general Tomás Sánchez de Bustamante*. La mayor prueba de la preocupación que la izquierda peronista causaba en el país propietario y en sus Fuerzas Armadas la tuve, desde muy joven, en ese discurso de Sánchez de Bustamante. No decía, el general, siquiera peronismo de izquierda. Hablaba de un "ingrediente de nítida fisonomía marxista". Ese ingrediente tenía "una enorme agresividad". ¿Quién tuvo para el poder oligárquico-militar-empresarial argentino alguna vez "una enorme agresividad"? ¿La tuvieron quienes se adosaron el venerable calificativo de "izquierda"? Se dirá, volviendo a la cuestión del oxímoron, que Sánchez de Bustamante habla de "marxismo" y no de izquierda peronista porque la Tendencia no era peronista, eran ilusos jóvenes que se habían "infiltrado" en el peronismo o lo habían tomado por algo que no era. Todas estas pavadas están respondidas en este trabajo. El "ingrediente marxista de tremenda agresividad" que altamente preocupaba a Sánchez de Bustamante era la izquierda peronista. *Era el camporismo*. Que fue su figura electoral y la expresión de sus primeras tentativas de gobierno, pronto frustradas por el propio Perón. Sólo algo más, por ahora: un oxímoron de Valle-Inclán, que valoro especialmente, es el de "broma macabra". He aquí un oxímoron que entrega un sentido preciso pese a la antinomia entre sus términos o precisamente por ella. Si recordamos los textos "Ezeiza, como farsa y tragedia" y "Urquiza en Pavón" creo que encontraremos en ellos abundantes "bromas macabras". Acaso estén construidos en base a ese recurso. A ese oxímoron. Nada de esto, lo juro, lo aprendí de la hinchada de Chacarita.

La cuestión es que, cuando Cámpora tiene que presentar el Programa del Frente Justicialista de Liberación, elige hablar de la *lealtad*. El texto no tiene nada que pueda no servirnos. Es poco conocido y muy valioso para entender los hechos que le siguieron. Al cabo, ¿quién si no Cámpora podía hablar de la *lealtad*? Aquí está:

"*Compañeros*: Voy a llegar al gobierno en virtud de un mandato que ustedes conocen. No lo he buscado ni querido (...). He recibido ese mandato por una condición personal que, entre otras, ha caracterizado toda mi vida. Algunos la consideran un defecto, otros una virtud, y de las más honrosas en cualquier hombre. Voy a hablarles, en primer término, de la lealtad.

"Lealtad total, incondicional, a mi patria. Lealtad total, incondicional, a mi movimiento. Lealtad total, incondicional, a mis verdaderos amigos. Considero que el más grande de ellos es el general Juan Perón y le he sido leal durante el gobierno y desde el llano. A esta lealtad personal se suma la lealtad especial que merece un Jefe.

"Gracias a la lealtad, que muchos insisten en considerar un defecto mío, he conseguido ser leal también conmigo mismo: por odio a la traición y a los traidores.

"Porque la lealtad es lo opuesto a la traición. Y quienes hoy colman de agravios e insultos inauditos al General Perón y al pueblo argentino que lo ama y lo elige, ellos no tienen la conciencia tranquila. No pueden hacer el mismo balance positivo en ese sentido (...). El pueblo argentino, lo mejor que tenemos, me va a entender y yo a él. El pueblo argentino siempre ha sido leal a sí mismo y a sus caudillos. La lealtad siguió a San Martín y ganó las guerras de la Independencia Americana. La lealtad confederó a las provincias y unió a la República. La lealtad llevó por primera vez a las mayorías al poder. La lealtad ganará las elecciones y llegará al gobierno el próximo 25 de mayo.

"A la lealtad hemos de sumar una clara idea de nuestro objetivo fundamental en el gobierno: La liberación nacional.

"La Liberación Nacional presenta a los argentinos dos campos de batalla: uno es el interno y las estructuras económico-sociales del privilegio. El otro son los intereses foráneos imperialistas. Uno y otro conforman dos caras de una misma situación: la dependencia.

"Las pautas programáticas que desarrollaremos en esta exposición están dirigidas a eliminar, en lo interno, el privilegio, para hacer del pueblo el único beneficiario de sus esfuerzos, y, en lo externo, las ataduras que someten los intereses nacionales a los dictados de los centros imperialistas de poder". (Texto publicado en el número 8 de *Envido*, marzo de 1973.)

HORACIO GONZÁLEZ: TODA MEDIDA DE GOBIERNO DEBE CREAR CONCIENCIA

Este político veterano había encontrado su lugar en la historia y ese lugar lo llevaba más allá de sí mismo y de todos. Más allá incluso que de su proclamado Jefe. Cámpora, aunque nunca dijera la consigna, pasó a encarnar la utopía de la patria socialista. Se conoce ese chiste que coloca a Perón *evitando* la Patria Socialista. La consigna, en lugar de leerse Perón, Evita, la Patria Socialista se terminó leyendo Perón evita la Patria Socialista. Cámpora jamás dijo: "La Patria Socialista". Acaso alguna vez se le haya casi escapado de los labios. Pero siempre se detuvo donde debía: "La Patria Libre, Justa y Soberana". Sin embargo, él fue el Tío Revolucionario. Difícil saber qué le pasó a ese hombre. Por qué cuando ratificó en algunas funciones a Juan Manuel Abal Medina, a pocos días de las elecciones, agregó, a renglón seguido de pronunciar su apellido: "Un nombre muy querido por todos los peronistas". Increíble: era el nombre del joven de 23 años, Fernando, que había dado muerte al general Aramburu. No era cierto, además, que fuera querido "por todos los peronistas". La mayoría de los políticos del Frente Justicialista y todo el sindicalismo organizado (sobre todo Lorenzo Miguel y Rucci) poco interés tenían en ser incluidos en un amor generalizado, "peronista", a un guerrillero que había cometido un acto extremo. El acto de un "extremista". Nadie se proponía ser un "extremista". Cámpora los empujaba a esa posición. No habrían de seguirlo. Pero la frase del Tío Revolucionario estaba dedicada a sus muchachos, a los jóvenes militantes de la Tendencia revolucionaria, a la inmensa mayoría de la juventud peronista que lo había llevado al gobierno. La misma noche en que se festeja el triunfo electoral, en que el local del partido, en Santa Fe y Oro, desborda de militantes (y oportunistas), sale por televisión a advertir que la Policía "deje de perseguir a nuestros muchachos". Se ha enterado –dice– de muchas agresiones por parte de la Policía a los naturales festejos del triunfo, y que esas agresiones caen sobre los jóvenes peronistas. "Basta de castigar a nuestros jóvenes –dice–. Nuestros jóvenes son nuestra esperanza y ya terminó el tiempo de perseguirlos." Luego aparece en pantalla un periodista estrella de los tiempos de *Primera Plana*, una figura de los '60: Osiris Troiani. ¡La cara de asco y de furia que tenía Troiani, qué mala jornada era ésa para él! "¿Usted se pregunta, como yo, qué va a pasar ahora?", dice. Y añade: "Nada, no va a pasar nada. La Argentina necesitaba un gobierno civil, aunque fuera malo". Entre tanto, la ciudad reventaba de alegría. En Oro y Santa Fe (mientras esa buena actriz y buena persona que es Soledad Silveyra aparecía intempestivamente en el balcón del primer piso y hacía la V de la victoria hacia "el pueblo", que la miraba de afuera porque el pueblo no es famoso, y todo estaba bien salvo que Solita, unos meses atrás, le había dicho a Perón que "pensara antes de hablar") los jóvenes bailaban y coreaban consignas nuevas:

Los peronistas
joda, joda, joda,
y los gorilas
lloran, lloran, lloran.

Y llora llora
la puta oligarquía
porque se viene
la tercera tiranía.

Lanusse, Lanusse
mirá qué papelón
habrá segunda vuelta
la vuelta de Perón.

¡Sí, por desgracia! Festejaban, sin saberlo (¿cómo habrían podido saberlo ni sospecharlo?), su propia muerte, no sólo la física sino la de todos, absolutamente todos los sueños de esa noche. Pero nadie lo presentía en medio de la fiesta. Una o dos semanas antes de las elecciones aparecía por la tele un comercial con Federico Luppi. Federico miraba con cara feliz y, de pronto, sacaba una botella de sidra La Victoria. Y decía: "¡Tenga ganas de una victoria!" Horacio González (en el mismo número 10 de *Envido*) escribía uno de los mejores textos que habrían de salir de la pluma de un escritor de la izquierda peronista. Ya en estas líneas se advierte hasta qué punto –de no haber sido abortado– el pensamiento de los intelectuales de las Cátedras Nacionales o del peronismo de izquierda se distanciaba –profundizándolos– de los intentos simplemente "nacionalistas" de los próceres de la "corriente nacional" (Jauretche, Scalabrini, Hernández Arregui, etc.). Cito el texto de Horacio: "Si tuviéramos que decir en una frase la idea que nos forjamos del gobierno popular que puede haber en la Argentina, deberíamos decir 'gobernar es movilizar'. Para quienes no tienen el poder, gobernar no es sólo hacer miles de obras públicas (...) Entre Plan de Gobierno y movilización hay una relación dialéctica, al margen de la idea de los 'planificadores', que tienen medidas atemporales para juzgar el proceso (mediano plazo, largo plazo, etc.), desvinculadas de la cuestión del poder. No habrá planificación sin movilización. *Ni debe haber medidas de gobierno que no sean capaces de crear conciencia*. Debe poder desprenderse de ellas una línea natural de propaganda de masas" (*Envido*, *Ibid*., p. 14, cursivas mías). En tanto en Europa arrasaba el heideggerianismo de izquierda encarnado en el estructuralismo o el naciente postestructuralismo que aborrecía de la conciencia, que mataba al "hombre", al "sujeto", al "autor", a la "historia", a la "praxis", aquí la izquierda peronista sólo consideraba válidas esas "medidas de gobierno" que tuvieran el poder de "crear conciencia". Lejos de barrer al sujeto, queríamos crearlo. Lejos de buscar al ser en el claro del bosque, lo buscábamos en las calles, en la militancia, entre las cosas, entre los hombres, como solía decir el gran maestro francés que unía la praxis con el sujeto, la historia con la totalización y la destotalización incesantes, al hombre con el mundo. (*Nota*: En *La filosofía y el barro de la historia* desarrollé largamente la introducción de Heidegger como maestro de la izquierda no marxista que surge desde *El pensamiento salvaje* o la *Antropología estructural* y se retoma en *Las palabras y las cosas*, los siguientes textos de Foucault, y Lacan, y luego Deleuze y Derrida. Los textos centrales de los que se apropia la *French Theory* para salir de Marx y de Sartre y entrar en Heidegger sacrificando el sujeto a la *trama histórica* o al *lenguaje* son la *Carta sobre el humanismo e Identidad y diferencia*. En este último texto Heidegger introduce la palabra-fetiche *Ereignis*: "La mutua *pertenencia* de

hombre y ser a modo de provocación alternante nos muestra sorprendentemente cerca que de la misma manera que el hombre es dado en propiedad al ser, el ser, por su parte, ha sido atribuido en propiedad al hombre (...). De lo que se trata es de experimentar sencillamente este juego de propiación en el que el hombre y el ser se transpropian recíprocamente, esto es, adentrarnos en aquello que nombramos *Ereignis"* (Martin Heidegger, *Identidad y diferencia,* Anthropos, 1990, p. 85). En la *Carta sobre el humanismo* –1949, que funciona como respuesta al texto algo leve y veloz aunque siempre rico de Sartre, *El existencialismo es un humanismo*– Heidegger liquida al humanismo. "El hombre no es el señor de lo ente. El hombre es el pastor del ser. En este 'menos' el hombre no sólo no pierde nada, sino que gana, puesto que llega a la verdad del ser. Gana la esencial pobreza del pastor, cuya dignidad consiste en ser llamado por el propio ser para la guarda de su verdad" (Heidegger, *Hitos*, Alianza, Madrid, 2001, p. 281). La *Carta* termina con otra metáfora campestre, obra maestra del kitsch nacional-socialista de Heidegger: "Con su decir, el pensar traza en el lenguaje surcos apenas visibles. Son aún más tenues que los surcos que el campesino, con paso lento, abre en el campo" (*Ibid*., p. 297). Sólo algo más: el otro texto sobre el que se arrojaron Deleuze y Badiou, por ejemplo, para elaborar el concepto de *acontecimiento* es el que aquí se ha traducido como *Acerca del evento*. "Evento" no es la palabra. Foucault la usa, en francés, de un modo que se acerca a "evento", pues fue él quien primero teorizó sobre la cuestión, Deleuze y Badiou lo plagiaron o, si prefieren, continuaron su senda. La noción heideggeriana de "acontecimiento" ya es decididamente zen: "En el esenciarse de la verdad del ser [Seyn], *en* el evento y *como* evento, se oculta el último dios" (Heidegger, *Aportes a la filosofía, acerca del evento,* Traducción Dina V. Picotti C., Almagesto-Biblos, Buenos Aires, 2003, p. 37). Se trata de los célebres –para cierta clase de filósofos "contemporáneos"– *Beiträge*. Bien, en *esto* está la filosofía. Para disgusto de tantos heideggerianos y amigos de la French Theory pienso que el hombre *es el amo de lo ente*. Que el hombre hace y des-hace sobre la Tierra. Y, en efecto, como dice Heidegger en el reportaje de *Der Spiegel*, "esto en que hoy vivimos ya no es la Tierra". No lo es. Y acaso pronto ni siquiera sea lo que ya no es, porque el *amo de lo ente* habrá destruido todo lo que hay por destruir. Al hombre no le ha interesado pastorear al ser ni ganar "la esencial pobreza del pastor". El hombre –salvo el mundo de la filosofía académica– valora más sus armas de destrucción y los elementos energéticos que con ellas conquista mediante guerras horrorosas que cualquier posible encuentro con el "ser", al que no conoce, al que ni Heidegger le vio la cara. El pensamiento de Heidegger sobre la técnica y su nacimiento en la modernidad con la subjetividad que Descartes centraliza en el cogito es correcto: eso es el capitalismo. El hombre capitalista sólo se concibe a sí mismo como *amo de lo ente*. Se reiría si le propusieran ser *el pastor del ser*. Entre tanto, todo este aparato cuasi místico del *Ereignis* ha logrado entronizar en la filosofía al lenguaje, a la semiología, al deconstructivismo. No se puede pensar la historia, ni el horror ni la tortura desde ahí. No se puede pensar la historia que este monstruo incontenible –el hombre *Amo de lo ente*– está constituyendo. El hombre –en tanto ser-para-la-destrucción– se ha centralizado y hace una historia que horrorizaría todavía más al Angelus de Benjamín (pensador que sí nos sirve para pensar estos tiempos apocalípticos). El ser es praxis. Es la praxis desbocada de los sujetos históricos que colisionan en una territorialidad –en un planeta– amenazado ya por los efectos de esas luchas. De Heidegger hay que conservar su primer gran libro: *Ser y tiempo* (1927). Porque es una antropología existenciaria. Un estudio del hombre (*Dasein*, sin discusión alguna) que, al hacerse la pregunta por el ser, es el *ahí* del ser y el punto de partida de la ontología fundamental. Y sus análisis sobre el poder destructivo de la técnica, que retomó la Escuela de Frankfurt con mejores resultados y que Sartre y Foucault relacionaron, el primero con la lucha de clases y la explotación colonial, y el segundo con el Poder y la resistencia al Poder, las contra-conductas, a las que llega tarde pero llega. Perdón por esta nota extensa pero –creo– necesaria. Además, si uno se mete con Heidegger –el filósofo referente de toda la filosofía contemporánea y académica actual, menos la neopositivista– debe hacerlo seriamente. No sé si aquí tenía el espacio para eso. Remito siempre a mi libro sobre "el barro de la historia", donde esa crítica tiene mayor desarrollo. Pero aquí necesitaba plantear un par de cuestiones para desarrollarlas a continuación. Pocas historias como el relato peronista del año '73 explicitan la figura del hombre *amo de lo ente*, del hombre en tanto negación y hasta burla del pastoreo del ser, del hombre que, si de algo se *apropia*, no es del ser (en esa mutua *propiación* que es el *Ereignis* en el claro del bosque), sino de los entes a los que llama *armas*, que le permiten matar a los otros hombres y *Apropiarse del Poder*. Yo diría, aquí y sin arriesgarme demasiado, que en Foucault está clara una filosofía que hace del Poder el ser, lo Uno. De eso quiere apropiarse el amo de lo ente. Necesita organizar lo óntico (los entes en tanto armas, las cosas en tanto armas de tortura y destrucción) para matar a los Otros, pues el amo de lo ente, el ente antropológico o, sin más, ese ente al que llamamos "hombre" busca apropiarse del poder excluyendo al Otro, matándolo. No hay aquí eso que Emmanuel Lévinas llama *epifanía del rostro*: ver en el Otro mi mismidad y saber que sin el Otro no puedo acceder a ella. Lo que me hace *responsable* de ese Otro. Lo que me conduce al "*no matarás*". (Ver *Totalidad e infinito*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2006.) ¿Vemos algo de todo esto en los asesinos del palco de Ezeiza que suben a ese joven tirándolo de los pelos? ¿Qué vemos en la violencia de los lenguajes bélicos del '73? ¿Ahí mora el ser o ahí late, anunciándose sobre los otros, la Muerte? En suma, creo que se niega el humanismo porque no se le quiere ver la cara. El humanismo es la praxis histórica del hombre bélico que mata y no cesa de matar para apropiarse –no del ser– sino del Poder, y desde el Poder seguir matando. Esto es lo que se verá en los próximos textos que habrán de dedicarse a la violencia, a la praxis de apropiación, a la búsqueda del poder, al ejercicio de la muerte, a la más absoluta negación del Otro. Porque al hombre *amo de lo ente* no le importa su Mismidad. Le importa algo exterior a él y que su pulsión de conquista y de dominio y de muerte lo lleva a conquistar, a apropiárselo: el Poder. Creo que es ya inútil –aunque siempre necesario– preguntarse si el hombre debe o no matar: *El hombre no puede no matar*.) Para Horacio, "crear conciencia" era "movilizar". La conciencia no era estática. La conciencia salía a la calle. Este "salir a la calle" era la militancia del sujeto práctico. Sin ese "salir a la calle" del agente práctico, de la conciencia que se creaba en tanto parte de la movilización de un pueblo, no había historia. No había estructuras. Desde luego que cuando "salía a la calle" la conciencia se encontraba con un "mundo" del que ya era parte, con una estructura que la sobredeterminaba, pero siempre, por medio de la movilización, de la praxis política humanizadora, era parte de una realidad que elegía y que, también, la elegía. Cuesta hablar de la praxis política sin hablar de la libertad del sujeto. Aun el más endeble perejil llevado a una movilización por el puntero de su barrio tuvo que elegir hacerlo, tuvo que elegir ser elegido.

¿QUÉ DIJO PUIGGRÓS CUANDO LO PUSO A KESTELBOIM EN DERECHO?

El otro gran tema es el de la *verdad*. Lo dijimos: ¿dónde está la verdad? La verdad no existe, la verdad se crea. La verdad se conquista y se impone a las otras verdades, silenciándolas, negándolas. En ese mismo número de *Envido*, en el artículo *Cooke, peronismo e historia*, aún con 29 años, yo escribía: "Ante el hecho histórico no hay sino posturas interesadas, porque aun estos mismos hechos están tejidos por intereses. ¿O es que acaso hay alguno que no exprese la práctica política de una clase social o un movimiento de liberación? Que la batalla de Caseros tuvo lugar en febrero de 1852, es algo que nadie discute. Es una 'verdad histórica', si se quiere, pero no sirve de mucho. Lo que sí está en juego es la interpretación y el sentido final de esa batalla, *pues la verdad histórica es también una práctica y una conquista política*" (*Envido*, N 8, p. 24, cursivas mías). El texto habrá sido escrito en febrero de 1973. Nunca había leído a Foucault. Menos sus ideas acerca de la relación entre poder y verdad. *Nietzsche, la genealogía, la historia*, gran texto de Foucault, es de 1971. *Los intelectuales y el poder* (un diálogo con Deleuze), de 1972. La conferencia sobre Nietzsche y la crítica del conocimiento, que forma parte de *La verdad y las formas jurídicas*, es parte de las conferencias que dio en Brasil entre los días 21 y 25 de mayo de 1973. Asumía Cámpora y Foucault estaba en Brasil hablando de la verdad y el conocimiento en Nietzsche. Mencioné estas cuestiones en la Universidad de Maryland en 1984 y el cáustico Halperin Donghi dijo, después, cuando yo menos me lo esperaba: "Feinmann se jacta de haber inventado a Foucault". Buen chiste, pero no es así. Quiero decir que junto a la militancia política (y en medio de una esperanza histórica sin tantos fundamentos como creíamos: éramos jóvenes y ser joven es, en buena medida, eso: creer sin muchos fundamentos, a veces sin ninguno) trabajábamos seriamente el nivel teórico de esa praxis. Esto no se sabe. O se ha olvidado. O todo se organiza para no recordarlo. Hoy, a Horacio, el que escribió el formidable texto que cité, un periodismo amarillista e ignorante (creo que se atreven a agredir a David Viñas porque, sin más, no saben quién es, de quién están hablando: nada menos que del maestro de una generación) lo acusa de recibir dinero del Gobierno por ser funcionario. A mí, aunque soy un "inorgánico", de ser algo casi semejante por mi programa *Filosofía, aquí y ahora*, que exhibe el excepcional Canal Encuentro y que ha llevado por primera vez la filosofía a la televisión para beneplácito de muchos: lo sé porque esa gente me lo dice. Injurian con liviandad a Ricardo Forster, a Tristán Bauer o a Horacio Verbitsky, que se encuentra a distancias siderales de ellos como el formidable periodista que es. No importa. Lo que me importa decir es que –con el camporismo– se acercó al gobierno una generación de intelectuales políticos que teorizaba sobre su praxis en tanto se entregaba a ella. Esa generación no "asaltó" (un término nacional socialista: tropas de asalto; también la palabra clave del importante libro de György Lukács contra el irracionalismo nietzscheano y nacional socialista: *El asalto a la razón*) a las universidades– como horriblemente dice Andrew Graham Yooll, comparando la gestión que inauguró el viejo historiador y politólogo marxista y luego peronista Rodolfo Puiggrós con la "noche de los bastones largos", sino que les impuso sin duda un desorden inevitable pero creativo. Fue *Cabildo* la revista que pidió antes que nadie la "intervención de las universidades". Luego, *Gente*. Más o menos con los mismos argumentos que un apasionado antifascista como Andrew: *El imperio del desorden*. Hubo una respuesta impecable de Juan Carlos Portantiero –que fue parte de esa Universidad, aunque nada tenía que ver con la juventud peronista– en la que explicitaba que la burguesía y la oligarquía jamás podrían entender el sentido profundo de la palabra *desorden*. Que, en buena hora, se habían desordenado las universidades. Ya lo veremos mejor. Pero la Jotapé había asumido su tarea en la Universidad como una tarea de des-orden: se trataba, precisamente, de cambiar un Orden por otro. Nada pudo impedir que el nazi Alberto Ottalagano –no bajo Perón, sino bajo López Rega e Isabel– fuera nombrado amo y señor de las casas de altos estudios. ¿Cómo iba a seguir Puiggrós? ¿Saben qué dijo Puiggrós cuando lo puso al brillante Ricardo Kestelboim como decano de la Facultad de Derecho? Es una joya. Una frase digna de un tiempo de antagonismos y tormentas cotidianas: "Lo puse porque es un revolucionario en una facultad de conservadores. Lo puse porque es un judío en una facultad de antisemitas".

Colaboración especial: Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

La Plaza del 25: el cielo por asalto